



BIBLIOGRAFICAS

Así como en las matemáticas, y también en otras ciencias, largas teorías se reducen muchas veces a una fórmula breve, pero comprensiva, así esta obra de Chávez es una fórmula, es una síntesis, es un comprimido o esencia de cuanto ha hurgado él en los archivos y estudiado empeñosamente durante años.

De espaldas a la "historia oficial", ya tan desprestigiada, dice lo que siente y siente lo que dice, y a nada y a nadie teme. Es una voz valiente que expresa sus opiniones, sin querer contradecir u ofender a nadie, aunque es posible que no pocos afectados o agraviados, salten a la arena, espada en mano, para defender a su respectiva Dulcinea. Así, uno de los títulos del capítulo es este: "La titulada presidencia de Rivadavia", y harto prueba Chávez que ese titulado prócer jamás fue, ni pudo ser "presidente", y si esto hallamos entre las páginas 160-172, páginas antes (105-106) había expresado cómo don Bernardino González Rivadavia, como triunviro, había caído en un "general descrédito", y "lejos de ser la perfección que describen sus hagiógrafos" (sic), opina con Iriarte que Rivadavia "importó a Buenos Aires el pedantismo", y agrega que ese pedantismo "tuvo considerable número de adeptos y el jefe se hizo impopular". Por otra parte, el curioso "Presidente" tenía, según parece, un buen conocimiento de París y de sus alrededores, pero un desconocimiento total del país de los argentinos. Chávez recuerda a este propósito lo que de González Rivadavia escribió el doctor Juan Pujol, esto es, que "no tenía la más mínima idea de la estructura real de la Nación". A las tan ponderadas reformas de Rivadavia, el autor las toma, y con todo acierto, por la farra. Es lo que se merecen.

FERMIN CHAVEZ

"Historia del País de los argentinos"

Ediciones Theoria

Buenos Aires, 1967. — 346 pp.

Mientras así desestima a Don Bernardino, exalta Chávez a Francisco de Paula Castañeda, dedicándole todo un largo párrafo, y pondera cómo debió de repudrir a los rivadavianos el sermón patrio, que pronunció en 1815, precisamente cuando, allá en Madrid, González Rivadavia negociaba la coronación del infante Francisco de Paula.

Alvear es otro de los mitos que el autor pone en su verdadera luz, ya que su acción fue aún más nefasta que la de Don Bernardino, porque era hombre de más talento que González Rivadavia, y con más habilidad para la intriga, y solo para el mal. Tristísimo concepto tiene el autor de la Asamblea del Año XIII, y eso, ignorando, como parece ignorar, que los decretos que ella expidió eran copias de los de las Cortes de Cádiz.

Como prueba el autor, no fueron los federales sino los unitarios "los teóricos y primeros ejecutores de la política terrorista" y recuerda la frase de Lavalle: "un hondo abismo se abre para el partido que sucumba", y la otra de Del Carril: "una revolución es un juego de azar, en que se gana hasta la vida de los vencidos".

Con ser tan renovadora esta Historia de los Argentinos, su autor no ha hecho justicia a las encomiendas, en la época hispana, que fueron tanto a más beneficiosas a los indios como a los españoles, y los abusos estuvieron muy lejos de ser tantos y tan graves como se dice y se repite. Pondera aún los progresos de Vértiz, siendo así que fue el más abúlco de nuestros virreyes, y su único mérito fue el no haber estorbado la acción de dos hombres grandemente progresistas e innovadores: Francisco de Paula Sanz e Ignacio Fernández.

Si esta obra fuere llevada a la Inquisición y condenada a las llamas por los que creen en la historia, elaborada a dedo por los hombres posteriores a Caseros, no dudamos que los más aplaudirán haber podido conocer gracias a ella la "vera" historia, confeccionada con total presidencia de aquella oficializada, y que muestra la otra cara, que es la legítima de la misma. ♦

GUILLERMO FURLONG, S. J.